

limitas...», y el tercero, «Patria lejana, dónde...»; en el capítulo quinto, «La verdad comía», último del libro. Y en su poema inicial, a manera de prólogo, une en oposición *España y patria* en su principio («España, / patria de piedra y sol y líneas / de lluvia liviana...») y lo termina con la segunda («... sola y soterraña / y decisiva / patria»).

Pero la tierra, la patria, España, van concretándose, diversificándose en nombres propios, en una toponimia concreta, ya presentes también en *Pido la paz y la palabra*. A los casos, ya citados por otras razones, de Bilbao en el poema inicial, «A la inmensa mayoría», y el río Darro, en «Ni una palabra...», hay que añadir bastantes más, empezando por Iberia, citada una sola vez en todo el libro—en «Hija de Yago»—, y siguiendo por nombres de ciudades y pueblos españoles: en los poemas «Espejo de España», «Aceñas», «En el corazón y en los ojos» (que termina con los octosílabos machadianos del poema «Campos de Soria», «Soria, ciudad castellana / ¡tan bella! bajo la luna»), «Biotz-Begietan» (con la única mención, en este libro, de Madrid, que saltará más tarde incluso al título de otro: «Hojas de Madrid»; la «capital de la esperanza», llamada por Alberti, vista por Otero como «el sitio / donde enterraron un gran ramo verde», en clara referencia al final de la guerra civil), y «Lo traigo andado», uniendo ciudades y pueblos con ríos y montes de España bajo el más puro acento popular: el título procede de una «soleariya», con la que se cierra el poema. Río también—el Duero—en el ya citado «Aceñas»—cuyo título ya lo anuncia—y en «Vencer juntos» («Un español de arriba de los ríos, / Guadalquivir y el Ebro me guardan las espaldas»), que van así delimitando la realidad física y espiritual de España. Esta última se presenta también en los nombres personales, tres tan sólo en *Pido la paz y la palabra*: uno, universal, Ludwig van Beethoven, y dos españoles—realidad y ficción—, Antonio Machado y Sancho Panza. El breve poemilla «Con nosotros», evocador del autor de *Campos de Castilla*, contiene dos alusiones muy claras: una, a Madrid, al colocar después del título la acotación «(Glorieta de Bilbao)», y en ella el café adonde acudía el poeta; la otra, al primer verso, «Misterioso y silencioso», de *Oración por Antonio Machado*, de Rubén Darío, incrustado en su poema por Otero, que cambia el orden de los calificativos («Silencioso / misterioso, ...»), como hace en otros casos (ya se ha visto con Fray Luis de León). El titulado «Con nosotros» indica, además, la intención de subrayar el costado solidario de Machado, la evolución progresiva de su vida y su obra hasta la plena identificación con la causa popular, que Otero resume, con ejemplar economía expresiva, en cuatro palabras: «se incorporó / al pueblo». No va a ser éste el único homenaje poético de Blas de Otero a Antonio Machado: en el

libro siguiente, *En castellano*, incluye un texto mucho más extenso, «Palabras reunidas para Antonio Machado», con una muy iluminadora cita machadiana al frente: «Un corazón solitario / no es un corazón.» Yendo hasta las raíces del poeta sevillano, brota el pasado poético castellano, desde el Romancero hasta Quevedo, desde el cancionero popular hasta Fray Luis, y los surcos de Berceo, que Machado cantó en *Mis poetas*. Pero también las ciudades unidas a su vida: Sevilla, Soria, Baeza, y la implícita referencia al destierro en «El mar / se derrama hacia Francia, ...», a la muerte y sepultura en tierra extranjera («... te reclama, / quiere, queremos / tenerte, convivirte, / compartirte / como el pan»), final del poema que resume y ratifica el encuentro del ayer y el hoy, de aquellas palabras con estas palabras nuevas. Y no se trata sólo de las palabras machadianas, sino de otras anteriores del propio Otero, «aquellas / con que pedí la paz y la palabra», auto-homenaje que se completa con la transcripción completa del poema de *Pido la paz...*, «Arboles abolidos, ...». Pero la autocita marca más rotundamente el enlace, la ligazón, del poeta de hoy con el de ayer, con su poesía popular, civil y solidaria. Camino machadiano, que como el de Blas de Otero, fue desde el «yo» al «tú» y al «nosotros», desde el individuo a la colectividad.

En la segunda parte y libro tercero, culminación del ciclo «español», *Que trata de España*, y dentro del «Capítulo IV. Geografía e Historia», que contiene varios homenajes a escritores y artistas, aparece un nuevo recuerdo del autor de *Nuevas canciones*, el soneto en alejandrinos titulado «In memoriam», texto más lírico que los anteriores, situado en un entrañable espacio machadiano, el de Soria, aludida por «la plaza de la Audiencia» («... la campana / de la Audiencia da la una», en «Campos de Soria»), con mención repetida del Duero y presencia de unos árboles que desde el paisaje se erigieron en símbolo del sentimiento («Alamos del amor»). Otero evoca a la vez al «hombre bueno» y al poeta de «precisa palabra», en fusión certera, tan importante para entender y valorar a Machado, de ética y estética. Pero no falta tampoco en este poema la alusión a un tiempo nuevo, la esperanza de la libertad: «... Hacia oriente, / tierras, montes y mar que esperamos que abra / sus puertas.»

La presencia cervantina de Sancho Panza abre y cierra el poema «Me llamarán, nos llamarán a todos» (primer verso), ya que Otero ha puesto al frente unas palabras de Sancho al final del *Quijote*, en el capítulo setenta y cuatro y último: «... porque la mayor locura, que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más...». Y contra la muerte el vivir imperecedero de Sancho, identificado con el pueblo —al que pertenecía— igualmente inmortal: «Pero

tú, Sancho Pueblo, / pronuncias anchas sílabas, / permanentes palabras que no lleva el viento...», palabras finales del poema, una vez más el «canto de vida y esperanza» de la poesía de Otero y una muy rotunda referencia a la lengua viva y popular, a esa «anchura» del decir jugoso y cotidiano, de la palabra henchida y rebosante: «anchas sílabas» reaparecen en *Palabra viva y de repente* (capítulo II, «La palabra», de *Que trata de España*), enfrentándolas, para su mayor grandeza, con las del poeta: «Da vergüenza encender una cerilla, / quiero decir un verso en una página, / ante estos hombres de anchas sílabas, / que almuerzan con pedazos de palabras.»

No Sancho, pero sí Don Quijote aparece en algunos poemas de *En castellano*, como «Letra», abierto con una cita del capítulo octavo de la primera parte de la novela, doble homenaje a Don Quijote y a Dulcinea; y el brevísimo—sólo dos versos—*Don Quijote y San... Ignacio*: «Fundir a Don Quijote y san Ignacio: / de aquél, el ideal; de éste, la *actio*.» En el capítulo IV, «Geografía e Historia», de *Que trata de España*, son varios los poemas «quijotescos», con mayor presencia de Don Quijote que de Sancho, y éste siempre unido al primero: en «Habla de la feria» y en el soneto «Vámonos al campo», dirigido todo él, muy unamunescamente, al caballero, para terminar diciéndole: «Sigue a Sancho Pueblo, señor Don Quijote», que expresa la primacía de lo popular, «la fronda de la solidaridad», endecasílabo anterior y penúltimo del soneto. Esta identificación Sancho-Pueblo se intensifica con el ya citado «Me llamarán, nos llamarán a todos», de *Pido la paz y la palabra*, que pasa a *Que trata de España*, aunque sin indicar su procedencia. Al frente de estos nueve poemas cervantinos-quijotescos figura también el mismo símbolo: «Rectifico mi verso. / *Unir a Don Quijote y Sancho-Pueblo* / (el subrayado es del poeta). Tanto monta, monta tanto / Don Quijote como Sancho.» Este texto de la edición de 1964, en la de 1977 ha perdido los dos octosílabos finales, quedando así fijada escueta y finalmente la unión Sancho-Pueblo. En el penúltimo poema de ese mismo capítulo cuarto, «Geografía e Historia», el soneto «Historia de la reconquista», pide al pueblo, al «pueblo puro, / materia insobornable de mi canto», que se «desenquijotice» para conquistar, en cambio, la revolución.

El mismo año, 1955, de *Pido la paz y la palabra*, Gabriel Celaya publica—en *Verbo*, Alicante—el libro *Cantos iberos*, «escrito en los años de furor y esperanza», según declaración del autor. Las relaciones, las concomitancias con los libros de Otero son muchas e intensas: poemas como «España extraña», «España en marcha», «España en pie», «La arcilla que palpo y beso» («Iberia, barro de España», es su primer verso), «Hablando en castellano» (Otero publicaría *En cas-*